

Tropo



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Ivett Tinoco García
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros
Ivett Tinoco García
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico
Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras



Universidad Autónoma
del Estado de México

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luján
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Álvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Tropo

MALVA FLORES

COLECCIÓN
MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Tropo

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© María Malva Flores García

ISBN (colección GEM): 978-607-490-435-2
ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-516-1
ISBN (GEM): 978-607-59858-5-5
ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-676-2

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/01/45/23

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez
Diagramación y formación: Rocío Solís Cuevas
Diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas
Cuidado de la edición: Adso E. Gutiérrez Espinoza

Hecho e impreso en México / *Made and printed in Mexico*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Tropo

con David, Valeria y Emiliano

τρόπος (vuelta, modo, costumbre, melodía)

Tropo de luz

EN EL TIEMPO OCULAR

(Circuito del paseante)

We shall not cease from exploration
And the end of all our exploring
Will be to arrive where we started
And know the place for the first time.
Through the unknown, remembered gate
When the last of earth left to discover
Is that which was the beginning;
At the source of the longest river
The voice of the hidden waterfall
And the children in the apple-tree

T. S. ELIOT

En el tiempo ocular

Donde comienza el cielo
en la esfera traslúcida del ojo,
visitamos lo otro,
lo posible
sólo en el cristalino.

Allí nace la espera:
un nuevo recorrido entre las formas
que empiezan sólo en nombre
y siguen con su imagen.

Formas en movimiento o suspendidas
por la acción ilusoria

cantando dentro del ojo,
bailando
en ese globo terráqueo
paralelo al real:

*comienza el cielo
al exacto segundo cuando
acaba la tierra y se abre el ojo...*

(Circuito del paseante)

1

Pasear es un camino de redención para la culpa
de haber visto en el espejo tanta aura mentida.
Apariencia es la palabra que nombra el acto
fallido: esa medida de sí por lo devuelto en la luz,
por esa imagen.
Basta salir, saber:
la altura de las ramas se mide
desde su punta hasta donde no alcanzan.
Del inicio del tronco hacia la última raíz
se mide el árbol.

2

Rito de flor, rito del agua.
Aleatoria conducta de las aves trinando
o si cantan con un solo aleteo: el sonido del aire
que desplazan.
Y no es victoria la V de su periplo.
Triangular obsidiana migratoria surca la transparencia
para envidia del pasto, de las pequeñas bestias;
pero es igual el instinto: ayuntamiento en los claros,

esos desplazamientos.
Partículas nadando en el brillo del agua,
hélice de la flor, corolas.

3

En un desprendimiento de las rocas
la osadía de tocar el polvo que levantan.
Y no hay misterio, sólo esa nube roja
en la mirada, o sobre la tierra alfombra movediza
si apresura su paso el caminante. ¿Hacia dónde?

La imagen de la flecha es cancioncilla,
endecha de retórico andar.
Pasear en un circuito purgatorio
con naturaleza viva por delante:

Los frutos de la tierra

Todo aquí se transforma
(mutando diariamente
las membranas: por segundos la palma de la mano
su débil piel
y transparente).

Primera división de las formas.
Múltiplos apenas perceptibles
que van a dar lugar ¿al canto?
¿al color de los ojos?
Exponencial cadena en crecimiento
encerrada en sí misma. Bebiendo del origen
su huella digital:
nomenclaturas.

*No caben en el ojo pero existen
formas reales como piedra de río.
No son como en el ojo y sin embargo
allí es donde madura el corazón:
en el tiempo ocular.*

* * *

La incierta diferencia entre los tiempos
se abisma si tocamos el centro verdadero:
el deseo, el Principio.

Hay algo allí

luminoso.

En distintas frecuencias pero es luz
que se mueve y se muere cuando acaba
el circuito debido a su encomienda.

Si de la tierra

terroso tiempo mineral avanza en la pulsión del tacto.
Coloridos volúmenes sin filo, tercera
dimensión creciendo en perspectiva y cautiva en sí misma
la anaranjada luz engorda
—devendrá fruto
(naranja de Valencia o mango)
y flor (de no me olvides, pensamiento).

*Alcatraz estallando en el floreo
el tiempo de la tierra esplende.*

* * *

Esa imagen que miras,
esa estampa grabada para siempre donde
inicia el camino,
es decir
donde pones la piedra marcada con un signo,
esa imagen

allí,
es el comienzo:
Imágenes e imágenes volviendo,
de nuevo visitándote y apenas,
hasta ahora, como nunca.

Hasta ahora las miras como nunca
y las cosas imponen su dominio
terrestre, ocupan su lugar y viven
atrayendo a su cuerpo
otros cuerpos afines
o incluso diferentes:
cosas vivas que atraen a cosas muertas
también y viceversa.

Caminas entre ellas,
como ellas
por fin
y apenas lo comprendes:
En la fragilidad dudosa
del instante
todo lo que aparece inmóvil
bulle.

* * *

Los frutos de la tierra, no aquellos
del dorado paraíso.

Los ciertos, disfrutables, sin temor de expulsión
o de caída. ¿Que aquí también todo se cae
y todo nos expulsa,
menos la tierra.

Redonda.

Poblada de animales y flores,
incluso de personas,
las mejores, las del sitio en el cielo
y aun las otras.

Aquí nos asentamos esperando
la llegada del juicio.

(Perdido éste,
como las otras pérdidas y las que vienen.)

Pero entre tanto,
comamos la manzana
y esperemos.

Cosas del fuego bailando

Disponibile en tonos azufrados
es la luz de la llama en el verano.
su tiempo dura igual
en la hoja portátil de Gregorio
que el más azul trimestre del circuito
pero otro calendario es quien lo anima
salitroso y volátil
tiempo de los adioses.

Así:
arbitrario como la luz que en flama
redunda su apariencia y su tiempo,
breve como el final suspiro
del animal que muere
combatiendo por un poco de agua.

*Esperanzas de mosca en el charco
verdirrancio del verano. En el óleo sutil
de su piel putrefacta el tiempo reverbera
mas no dura.*

* * *

En el marasmo,
bajo la luz clarísima
de este cielo de agosto que todo lo avasalla,
ojos,
movimientos dispares apenas perceptibles,
apenas cuchicheos guindando en la espesura
tersura que del sol huye esconde un paladeo febril.

Si todo lo que parece inmóvil
bulle,
pasear es un circuito redentorio
purgatorio que anida
entre el murmullo vivo de las cosas.

* * *

Esas cosas del fuego tan solícitas
reposan mientras no las llamas.
Son timbales que esperan; así es su luz:
disponibilidad.

Reunidas junto a ti, videntes,
beben de tu ceguera. Omniscientes esperan
al margen de lo que miras tú
como si fuera cierto.

Es materia inflamable la que mira detrás
y camina contigo
 hasta que tú la llamas.

De las cosas del fuego, toma el fuego.
Que estallen sus timbales de luz
a la voz del ensalmo, en la danza llameante
de las velas.

En la vereda, cosas del fuego bailando,
sucediendo el letargo: floración invocada
y acaso boomerang.

Iniciales, arcaicas,
observando por ti, partiendo de su voz hacia adelante
desbrozando el camino

aun en su regreso.

Los elementos del viento

Del aire y sus membranas de hoja
volandera,
de su comedimiento con todo lo insalubre que
acicala,
toma el tiempo en otoño su color transparente.

De nuevo vuelta a otro principio
(según donde partamos)
pero aquí debería nacer aquel omega
(o alfa según las preferencias):
en esta inmaculada luz
sin gesto
o seña:
el sonido timbrado de músicas afines al silencio.

*Hora de la piedad higiénica:
su luz sobre los campos es siempre flor de olvido.*

* * *

Aire en la vestidura de la tarde
y el paseante llenándose de viento.
Estancias de su andar:

las hojas y la azul transparencia de la noche
que viene
y vuelve bañando los senderos
con su voz apacible.

Lunar es la cadencia de los pasos
y del tiempo.

Sólo seguir su luz es la consigna,
acaso ver la purificación del mundo
y el guiño parpadeante de su sombra.

* * *

Los elementos del viento:
la copa de los árboles y el pájaro,
el polen, la manga de langostas
o los perros oteando.

Elementales

velas en las barcas y el nombre que no se pronuncia
pero vuela en el aire.

Hay poco que decir del viento.
de su metamorfosis
visible sólo en la actitud de lo que toca.
Ni dónde nace, ni dónde se diluye.
Pasa, silba, sopla,
aúlla, danza,
—esas voces del viento.

Palabras para el viento, para nombrarlo

verbos

o la imagen: corredor de la espora,

pasillo de la diáspora,

atributo en la rosa (de los vientos),

vendaval en el pecho

si te toca de ausencia.

Bajo su poderío,

limpieza.

La sencillez del agua

El tiempo del invierno es igual
a la espera. Es agua concentrada;
luz que en los cristales recoge su alimento.
O es probable que sea aquella aurora
que precede a las voces
de todo lo que es vivo.
Largo latido que sueña
en las venas del campo;
pulsación de los timbres
afinando en silencio
toda desgarradura.

*En el tiempo ocular apenas es susurro
que avanza lentamente
sobre el remordimiento
y cura.*

* * *

De la imagen al cuerpo
el camino bifurca los sentidos.
No hay sendero mejor:
desplazamientos hay

y una puerta de luz
no su reflejo.

* * *

La sencillez del agua en el estanque:
Monet y los nenúfares
ufanos, como líquidos faunos;
animales bebiendo en la siesta dorada
o el cántaro rompiéndose, abismo de Narciso.

¿El mar o los sargazos?
La sencillez del mar para Virginia (Woolf)
y las gaviotas.
El océano de Ulises —que no regresa nunca—
y aquel coro letal de la sirenas,
cantando a ritmo de sal.
¿El mar o los sargazos?
La pérdida,
el azoro.

La sencillez del río,
aunque jamás tomemos baño
en agua similares.
Piedra lisa en el amor del río;
la muchacha desnuda
de sus trenzas, silbando.

Bautismo, ablución,
o nacimiento:
El agua donde mojas el pie.

Porque es una espiral

*Donde las formas adquirieren su verdadera esencia
en el ojo que espera e imagina
es la imagen más real,
es otra imagen
y el paseante se encamina por fin
hacia el primer encuentro:
donde puso la piedra y aquel signo
que repudia el espejo,
y bailaba,
danzaba en su pupila,
y ya le daba nombre aún sin conocerlo.*

*Por que es una espiral el tiempo vuelve
mas son otros los ojos que acortan el sendero.*

*En el tiempo ocular, en las metamorfosis
que nacen en el ojo que mira hacia su centro,
el fin era el principio
de aquel cuerpo concebido en imagen.*

*Por gracia del deseo
la mirada interior devino forma
que ahora, aquí,*

*comienza su decurso
transformada ya en carne
o en la humildad de una planta sencilla
como la valeriana.*

Y detiene su paso aquel paseante
justo donde comienza el cielo:
al exacto segundo cuando la tierra
funda su mejor alimento
y se abre al tacto.

*Ciudad de México,
12 de mayo-19 de diciembre,
1995*

CASA NÓMADA

Me dicen que la luz
es una cosa minúscula, y que muere,
que el cielo carece de sustancia y que hace falta
descender, fortificar
el suelo y yo dejo de escuchar,
me conformo con mirar lo que surge
en la luz, un jardín, ese rostro
muy por encima de los árboles.

CLAUDE ESTEBAN

I

Cuerpo de maravilla
la costumbre:

esa luz que desciende
sobre el muro,
el jardín apacible con su ortiga,
la melodía volviendo
del pozo de la infancia y los ojos
que rasgan la blanca envergadura
de alcatraces

—papalotes con lastre en la tierra bruñida.

Maravilla: aquella flor del campo,
aquel ir y venir de lo posible:
su presencia en lo real.

Allí sienta sus reales
la costumbre
en nuestros ojos
crece.

* * *

Crece esta raíz de miedo.

En sus breves astillas
todo el oro del mundo
todas, incluso, las palabras:
amoldándose tibias
a la tierra
cubriendo con la tierra
sus vocales
el último suspiro
el primer nacimiento
todas
guardando aún sus formas
imaginando otras:
las palabras ocultas
las que nunca se dicen:
esa mezcla de sangre y de latido
que aguarda en la comisura de los labios.

* * *

Labios como piedras trocadas
trueque para decir te quiero todavía
en la noche dispar, al mediodía
de las revelaciones: ese encuentro
instantáneo de los ojos
cubriéndose a la vez del mismo brillo:

filo para cortar
la nervadura opaca
de tantas, similares,
horas.

* * *

Horas han de venir en que la luz no haga sombra
de esos cuerpos grisáceos, trashumantes de sí,
perdidos en el convencimiento de lo cierto:
el orden infalible, el puntilloso horario, el riel
por la derecha y derecho al abismo preguntando
¿dónde el cristal perdurable del deseo? ¿cuál
el recodo, la orilla donde poner el pie, abrazados?
¿qué del velamen flexible de los besos?

Ésos, los del tiempo redondo.
Besos como naranjas, templados en la quietud del ocio.

* * *

Ocio es la falta, la carencia: disposición
para observar el cambio
imperceptible de la piedra
que surge de la nada
como aviso de Dios
y, sin embargo,
minúsculas larvas tejen fidelidad
en la piedra rugosa
 forman cadenas
 tal vez de musgo vivo
 no importa si animal o vegetal.

La piedra sola es mundo:
vestigio inamovible de aquel perdido
paraíso.

II

Un brote de clamor entre las piedras lisas.
La música en los cuencos del alma y la tendencia fabril
de jacarandas produciendo el azul.

El río baja serpeando aquí. Y allá, cerca del salto,
se transforma en jolgorio, en chispa de cohetes.
Es su costumbre florecer en abreviadas gotas:
chaparrón si se mira de abajo, a ras de liquen;
en ojos de cocuyo, si de noche se observa
la cascada.

Sobre el puente colgante de Teocelo una niña se asoma.
El bias de su vestido perdiendo el almidón.
Las rodillas morenas sosteniendo
el precario equilibrio del espanto.

* * *

Abajo,
donde corren los peces salvando del estruendo
sus minúsculas branquias, el clamor no es asombro,
ni siquiera noticia que un par de adolescentes
se besen a la sombra de helechos y mosquitos.

Abajo el agua macera sus cristales. El sopor y la bruma
se levantan a un pie escaso de abrupta
superficie. Rocas que son helechos. Verde

que en tornasol convierten esos rayos oblicuos
de la tarde.

* * *

Cuánta placentera ruina por predecir:

Mugir de vacas, el grito altisonante de la tarde
contada por cualquier guacamaya. El paso
de los burros cargando las mazorcas. La prenda
que la muchacha lava, pudorosa, a la orilla del río.
El joven que ya ajusta su ropa, mirando de reojo
el triunfo de la sangre.

Sobre el puente colgante de Teocelo
una niña se asoma.

III

Aquel perdido paraíso es canción
acunada en el cemento.

Aquél, dirás,
 diremos,
mirando en la cornisa el mar de cables:
cielo de la avenida,
alero
por si palomas
hay
buscando sitio.

* * *

Sitio para volver:
cortar el pan en migas,
remover los armarios.

Sitio para decir en la hora precisa
te quiero todavía
o cuando olvidas la extraña ceremonia
de recoger papeles
como si fueran cuervos.

 Detrás de mí, buscando
qué otra falla cometo
en el orden preciso de la estancia,
recogiendo esas migas dispersas en la mesa.

Sitio para volver,
la casa.

* * *

La casa es sólo un guiño, contraseña,
elemental disparo que a dos líneas disloca
y las enlaza.

Es una roca móvil que suscita
mirar en perspectiva
los móviles ladrillos y aquella parquedad
de sus cosas menores:
la pila de artefactos sustraídos del tiempo.

La casa es sólo un vértice
si se mira de arriba.
Mudable geografía con lastre
en la memoria
o acaso el hoyo negro
donde van a para todos
los signos vagos y los gestos
que solos permanecen
a la espera
de que un día los llamemos.

* * *

Llamemos al azar, dijiste,
dije,
si por azar se entiende lo inmediato:
impredecible devenir que en lo espontáneo
busca su aquiescencia.

Llamamos al azar
y llegó con sus aves oscuras.

IV

Aquí va hablando un hombre que acicala su paso
en tantas ruinas como luz observa. Es vidrio su memoria
rezumando el momento perdido,
el paso de sus manos por objetos comunes
y moldeables. Quizá sea piel, maderas, simples
palabras como sal o tierra.

Si tan sólo pudiera beber su brevedad.

* * *

Ese que mira florecer la abulia de los días
similares, acodado en la orilla de cualquier movimiento.
El que primero dicta las palabras
en su boca cerrada y calcula su peso, su contorno:
la equivalencia en ritmo de cada pausada letra.

Y se arropa en el centro de palabras dispersas
buscando acaso un hilo, la aguja que enhebrando
un collar de azules opalinas pudiera desmontar
el caos, la incertidumbre: esas letras bailando
sin sentido en su boca maltrecha.

* * *

Ese que en la neblina escoge el mejor alimento
y deposita el recaudo en la piel más amada.

Insumiso de sí, con los dedos tanteando ese otro
litoral, temblando ya en su centro, pronunciando
sonidos que el animal desnudo de su estirpe
emite cuando encuentra el cubil, la madriguera.

Ese que en la espina dorsal lleva tatuado el miedo.

V

Oscuras como ajadas magnolias
las vértebras del aislamiento.

Allí van los cuerpos dando tumbos, mirando
sin mirar otra cosa que sus dedos desnudos:
un par de pies que en la ortodoxia
han perdido el camino.

Y se quedan afuera las palabras,
incluso el roce aleatorio de las manos.

Y todas las cosas de la casa
han mudado su orden aparente:
son objetos extraños,
inconexos de sí
en su apacible nicho.

* * *

Nicho es lo que no hay
aunque la casa real alumbre
con áurea proporción:

todo en su sitio.

Los pasillos perfectos,
las cosas donde deben.

Aquella soledad es una noria
asentada en el vértigo.

* * *

Vértigo sería saber que allí donde se anuda
el tedio de las horas hay una luz que en valvas
de animales marinos se alimenta. Encerrada
y vibrátil, sin más albur por reclamar que el ojo
descubriendo ese sitio cerrado.

Abrir con lentitud aquel caparazón molusco:
suerte de principiante. Hundir las manos
hasta el fondo de donde surge aquella transparencia:
que con su roce el aire se transforme en haz.

Volver así al principio.
Que los objetos se alineen en su orden.
Que renueven sus votos: la propensión a ser
domesticables.

VI

Aquí va hablando una mujer que padece
el instante en tantas horas como tiene el día.
Como aurora de un juicio los segundos se apilan en sus ojos.

Toma la reciedumbre de un hilo para asentar
sus pasos, buscando en las miradas
el lastre de lo cierto: certidumbre. Reclamo
de verdad.

Toca madera para sentir el pulso del árbol primitivo.

* * *

Esa que mira florecer desiertos donde sólo hay
despojos, ríos en canales de riego.

La que de noche duerme con los ojos abiertos y traslada
a la luz el ritmo de su insomnio.

La que una tarde recuerda la bruma de Teocelo
y encuentra así los signos, las palabras errantes
que presas ya en su boca son talismán que aguarda
la fortuita invasión de la ventura.

* * *

Esa que en la neblina encuentra el mejor linimento
y rehace las partes de la piel más amada.

Adhiere ligamentos con saliva de albahaca y sutura
aquel cuerpo impedido de espanto: ese arrasado
litoral que tiembla entre sus manos.

Esa que en la retina arrulla los pasos de la muerte.

VII

Domesticables parecen los minutos
cuando de amor se trata
 pero es sólo apariencia.

Ácaros son
mordiendo la frágil superficie del instante,
succionando su sangre madreperla:
 tornasolada imagen de la dicha.

* * *

Dicha la palabra precisa
en el sitio perfecto de los cuerpos
todo retoma su cauce natural:
 la fluidez de las voces
 el roce de las manos
 y aquel atisbo ingenuo
 de la primera vez:
 esa que mira de soslayo el apacible rostro de lo ido:
 lo que aún permanece anclado en la memoria.

* * *

Memoria de las cosas banales:
su lista interminable formando la oquedad de lo cierto.

Esa futilidad perseverante: palabras
oreándose en la tarde, las notas

de alguna imprecisa melodía,
 el oro de la risa:
astillas habituales de todo lo doméstico.

En su proclividad a lo gregario
se cuecen los cimientos
de aquella casa nómada.

* * *

Nómada, la ilusión.
Viaja con las pupilas,
 rémora.

Conduce el espinazo de la casa que avanza
por brechas del desvelo: bestia dulcificada
en la emancipación del gozo,
sustrayendo de sí su propio movimiento.

VIII

Brota un clamor hostil de los peñuscos. No es música en los cuencos; tal vez el gruñido dispar de animales que habitan el chiquero.

Han cargado a los jóvenes puercos a lomo de dos mulas y bajan por la ruta más corta de aquel cerro pelado. Aquí y allá el sol transforma la materia, convierte el grito de los puercos en machete, las piernas en raíz.

La breve caravana avanza con el paso cansino de las mulas. A su paso también, un niño va mirando la imposible gaviota en esa tierra adusta. El sombrero volátil perdiendo su equilibrio. Las piernas que se mueven aún para alcanzarlo.

* * *

Abajo,
una corriente de agua apacigua la sed
de las tierras desnudas. No es noticia que
broten madre selvas, el laurel de la India y especies
aun menores.

Aquí el agua adormila la ira de las bestias.
Vocerío de las ranas, festín de las culebras.

El río es un relámpago en la queja amarilla de la tierra.

* * *

Cuánta turbia ruina por asumir.

Las mulas y los puercos en medio del torrente.

El sombrero perdido. La vara ineficaz. La tozudez
que en negativa instala la orden del desastre. Allí,
en medio de la nada y con la carga.

Una gaviota surca el cielo imaginario en los ojos
del niño. Lanza, y lo sabe, el inútil llamado
a recular.

IX

Movimiento en las pupilas llanas
de la casa virtual que mira hacia su centro:
hacia el cordel de azules opalinas que amalgama los muros
y transforma en deseo el paso de las horas,
hacia el nudo central donde puede escucharse
te quiero todavía en la noche sin par
al mediodía de estas revelaciones
que hoy llamamos
invocando los gestos, las palabras que aguardan un reclamo
en la memoria móvil.

Esa voz alimenta el engrane:
agua que modifica la noria circular,
—esa raíz de miedo,
la costumbre—
y la vuelve camino,
curso pluvial para la casa errante.

* * *

Errante,
errabunda en su propia catadura,
la casa en una mancha diminuta
en la esfera del cielo,
una rosa en la estepa,
una consigna.

* * *

Consigna su frágil movimiento la huella
evanescente del abrazo. Su firmeza, el ancla que
desciende hasta esa luz primera, la del primer
encuentro, la que funda los muros ilusorios,
las ventanas abiertas para ver cómo surge la luz.

X

Aquí estamos
sentados en la ruta,
rumiando las palabras que ya nunca se dicen,
mirando nuestras manos que se saben aun dormidas.

Y todo está en su sitio en la casa que duerme.

Mírame con tus ojos de espanto,
con la espina dorsal que rompe los cristales más puros
esta noche que tiembla.
Arráncate de ti.

Descubre el secreto sencillo del agua entre las manos.
Aquella brevedad que nace en la mirada
y busca otra: la que devuelve el gesto imperceptible.

Que tu boca maltrecha encuentre las palabras,
esas sencillas,
como sal o tierra.

Que tus manos se hundan y toquen el misterio
del animal molusco: esa luz que ilumina
los pasillos de aquella casa nómada.

Que se queden ahí
y en su roce alimenten la sangre, el latido
imperfecto de tus labios.

* * *

Labios como voces
trocadas.

Trueque para que digas
te quiero todavía
en la orilla del río
donde la casa espera para cruzar
la transparencia líquida del tiempo.

Que tus labios reúnan al animal
de aquella piedra lisa
y al pájaro imposible del peñusco,
que tomes de la mano
a la mujer insomne que aún ve desde Teocelo
aquel perdido paraíso.

* * *

Paraíso es aquí:
Son tus manos desnudas
librándome la muerte.

Ciudad de México,
5 de febrero–3 de marzo,
1998

MALPARAÍSO

I

De un tirón.

Así.

Malparaíso.

Voy izando la cuerda del ahorcado.

No ha sido fácil esta rumba flamenca.

Coja, la bailaora. Vacante,

la platea. ¿A qué

tanto rebumbio?

Sólo ese afán protagonista.

¿No eras tú quien pedía letras de oro
en el camerino, estrella de cinco puntas?

No hay más oro ni letras y aquí estás:

con el teatro vacío,

oyendo tu zapateo dispar:

un baile que no sabías.

* * *

Hubieras preferido el mar. Mil veces
una concha en el cuello
que esta bisutería.

Habrías cantado
romanzas con palmera
bajo dulce palapa
todo el día
pelando camarones:
acumulando brisa.

Habrías visto en la noche
la sombra de tu océano
cuando el mar se desploma.

Hubieras preferido el mar.
Habría cantado.

* * *

¿Acaso no llamabas, a la voz de ¡milagro!,
un suceso cualquiera que al fin pusiera un punto
anterior al azar y entonces lo anulara?
O más bien no advertías la errancia
de la mula en el surco polvoso de la noria.

Oigo el forzado paso del corazón
a la vista del cable y pendulea.
Siento su rozadura en la falta del aire

y borro de inmediato
las palabras.

* * *

Alguna vez tuviste una intención profunda
de convertirte en otra. Atesorar escamas
como libros, nadar en la academia
de perfección sonora. Todo correcto,
limpio, transparente. De un punto
al otro, la distancia más corta
está en la recta.

Así es la geometría.

Alguna vez regresé
a la gramática.

* * *

Numismática, no. Qué tal
equilibrista con pavor de altura.
Domadora sin botas: luces vara
por fusta rayando el aserrín.

Cuántas metamorfosis, pienso.
Vuelvo a leer la cuerda y el corazón
me salta
pendulando.

* * *

Habrías cantado, pues. En un bar
habrías cantado mejor
con saxofón al lado o también
en tu casa.

Habría bailado esas danzas de interminable
vuelo. Ave u orquídea, y en ellas convertida,
a la siga del ritmo deslizaría mis pasos
en silencio.

No esta rumba flamenca con el tablado flojo
habrías bailado

y aún no acabo.

* * *

De un tirón,
así,
de precipicio,
me mido en la cuerda del ahorcado.

Aquí viene mi muerte, digo,
y borro las palabras de inmediato.
Pero el miedo es así. Permanece en la marca del lápiz
—en la hoja.

Reescribes en la marca: Aves. Parvadas
volando hacia tu auxilio. Llamas flores.
Oyes la evanescencia de la tarde,
el ruido de esas aves que invocas y
no entiendes. Late tu corazón.
Lo escuchas. Lo miras en tu ropa que tiembla
y anticipas: será mala la noche,
un punzón de diamante transitará tu oído,
tomará habitación en tu garganta. Serás tú misma
punzón, angostamiento, falta de aire.

Y todo, ¿para qué?
¿Acaso no quisiste este precio a cambio de hojalata?
Y las manos, tan frías, ¿no eran también pregunta
que asentaste en la tibia moldura
de un edredón de plumas?
No hay edredón. No hay plumas. Sólo ese afán
protagonista. Una vida común.

(Suenan la puerta: el vendedor de agua
se incorpora al paisaje.
Ya regresas.)

Reincides en la marca. Vas de pájaro
a gozne. La tenue borradura
le da un aire preciso a la palabra
y te alegra esa mancha,
ese hallazgo fortuito.

¿Qué hay del pájaro
al gozne? Piensas en el graznido.

Tiras el gozne. Vuelves a rumba.
De un tirón,
así,
borras la cuerda que sólo se transforma.

El taconeo dispar propone un ritmo
que el corazón retoma.
No es para tanto, digo. Sólo
un desbocamiento
al melodrama. Una vida común.

II

Que no. Que nunca
se destruye la materia
que sólo se transforma.
Ya lo había dicho Ovidio muchos años atrás.
Y lo dirá cualquiera cuando tengamos plumas.

Lo que no se utiliza se elimina. Porque nombre
es destino, el apéndice fuera.
El meñique también.

Ya andaremos pezuñas
Buscando el eslabón perdido.

* * *

Van por la carretera
dos
tres
jamelgos amarillos.

Habrían corrido de no ser
por la carga.
Habríanse revolcado
en el pasto oloroso de su consolación.

Dos, tres, jamelgos
amarillos de fuego,

sin carro y sin Apolo,
transitando.

* * *

Todo sigue en lo mismo, a la busca
de qué, mirando para dónde.
Un poco más de polvo
estelar sobre nuestras cabezas.

Ufano como siempre va el pavo real
pintándose las uñas.
La piedra no palpita
sin la lengua de fuego.

Así de perogrullo se repite el mundo.

* * *

Tantos libros aquí,
y ni una sola línea
para pasar la noche.

Mas valdría la fogata,
la quemazón de letras calentara
los cuerpos,
los reuniera.

* * *

No hay alto surtidor
más bien se arquea este pálido
chorro cristalino.

No hay alta noche ya.
Nadie regresa aún
para volverse piedra
ni el corazón, real, se amerita
en la sombra.

No se enamora el polvo, ni Dánae
ni Dafne. Eldorado
no existe.

Sólo queda la ruta:
dos
tres
jamelgos amarillos
de fuego
que transitan.

III

Entonces qué,
Malparaíso,
noria,
frontispicio de dónde:
para qué nos movemos.

No ha sido fácil esta rumba flamenca.
Es mejor ajustarse al dominio
del tumbo. Descompasado rumbo que no atiende
al cuadrante: el corazón
no se transforma nunca.

Al fin, uno rehace
su lugar.

*Ciudad de México–Xalapa,
mayo–julio,
2004*

Tropo de sombra

NO HAY MÁS BABEL

Piedras desmoronadas sobre piedra. Lugar que ahora sobrevuela el polvo. Morada sin memoria, ¿quién te tuvo? Tiempo hambriento de ser empozado en la noche. Siembras palabras y responden ecos, ecos de ecos en la bóveda incierta de la desolación. Daría todo el aire por un grito, la posesión del reino por un solo gemido. Abrieron los augures las entrañas del dios y entregaron su cuerpo lacerado a los depredadores.

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

*Constreñida a un vaso de palabras,
se construye la Torre. No hay que dudar del vaso,
lo incierto es la amalgama de las voces.
¿Y quién dicta? ¿Quién pronuncia sílabas agudas
como el lento bisbiseo de las promesas?
Es un vaso. No la copa lanzada sobre el hombro
con que brindan los amantes la merecida dicha de las nupcias.
Es sólo un vaso, una pequeña torre
sumergida, un amplio nudo siseante.
¿Quién habrá de beberse aquella llaga, aquella baba
multitonal y ronca?
No hay más Babel si cortas por lo sano la palabra,
si abandonas por cansancio el laberinto: esa torre falaz.
Allí está el vaso colmado hasta sus bordes.
La gota derramándose en la orilla se nombra
con las letras del tedio.*

I

Con las letras del tedio no empiezan las palabras
comienza, da principio, o tantas otras
que no importan a la piedra colocada como vértice
(¿o es vértice la flama de pasión que funde los metales
para asumir la empresa?)

La primera piedra es sólo una mirada que funda
en el vacío y asciende al cielo, hacia el espacio transparente
donde la nada requiere completud porque no resistimos
la carencia: ese hueco de los cuerpos no apareados
o el atroz silencio de los mudos. Allí falta algo: piedras
como palabras, resonancias del tacto, hacer de la mirada
que funda los cimientos
y nombrarlos.

* * *

La gota derramándose en la orilla del día
aún es luz en los ojos de aquellos que atesoran
el páramo. No es tierra de labranza: la piedra
y sus contornos labran con minucia de orfebre, como bordando
cantando la mezcla de sus dones, la armonía
de voces constructoras. Media luna a la una
de la madrugada parece el núbil basamento de esa torre
y ya están celebrando sus jardines, los pasillos internos,
y la gloria de tocar, tantos besos arriba,
las nubes.

* * *

Allí está el vaso colmado hasta sus bordes
con la Gracia inicial y llana del deseo.
Derramando en los pasillos del cuerpo el vaso
es contención de una torre imaginada y es el cuerpo
de vidrio donde el agua
no es agua: palabras son la mezcla
reuniendo aquellas piedras del tacto
o del sueño que no mira hacia delante sino arriba,
hasta lo que no es
donde lo que no ha sido se dibuja
y Dios sonrío
dictando en la altura imposible:

* * *

*Si abandonas por cansancio el laberinto, esa torre falaz
será lo real: lo inconcluso,
memoria de la anunciación y la palabra revelada,
concebida para empresas
menores, chata como la tierra donde crece tu soberbia,
tu cuerpo que entrelazas al otro,
ese adobe
inerme si la lluvia, si los vientos, si el más breve sonido incluso.
Débil como piel de manzana, ese primer pecado.
Nigromante alabanza, ¿cómo construyes con la voz?
¿De cuál timbre has colgado tus glorias aparentes?*

“No hay más Babel si cortas por lo sano
la palabra ilusión, ideal, ilusión ideal, idea loca,
—que de la boca al plato— como la roca
tomando forma, cerrando un círculo
que no es de fuego
que no es de agua
que ya viene bailando aquella luz, bañando
las dormidas arenas y la grava.

Oídos sordos
que el sol anuncia
que ya es mañana.”

* * *

Multitonal y ronca, la explosión de la piedra
acalla las plañideras voces que se filtran y dejan
[una estela brillante
de saliva; se mezclan y son hiedra en los cimientos
rodeando el primer piso del baluarte.
La caída del agua desbarranca las herrumbres del ocio:
ceguera blanca para los ojos vueltos sobre sí mismos, alineados
en la mirada del otro, en el cuerpo del otro, en la raíz
extrema donde nace el deseo.
Esa ceguera fiel, esa tenaz sordera,
ese doble albañil de cuatro piernas
avanza balbuciendo, articulando la incierta elevación
de su torre purísima

Babel, aquella flor virtual, es precipicio si la observa el Señor.

* * *

¿Quién ha de beberse aquella llaga, aquella baba,
supurando entre los muros?

“La cal para blanquear paredes,
la cal para blanquear sepulcros.”

*El blanco es color de mansedumbre,
no es alumbre su estirpe, mujer, es atadura.*

“Cal viva para Babel,
para esa llaga.

Con las letras del tedio se deslía
ese nudo siseante.”

II

Sumergida. Un amplio espejismo la rodea. De corazón a corazón todo es la forma contenida en el cristal donde Babel levanta sus peldaños.

Adentro los murmullos, crepitar de metales al blanco como dos que se juntan y se besan. Lenguas de ruego espejeando el entero holograma de su baluarte enhiesto.

Hasta bodas de plata, hasta el cielo penúltimo llega esa luz, aquella veladora que con su propia cera se alimenta.

* * *

Es sólo un vaso, una pequeña torre de soberbia, espiral de las voces y la hiedra que ayuna en sus cimientos:

se adhiere con su verde perfil maledicente, tangible, real como la falta de aspirar,

no el aire,

lo imposible, el abismo de arriba, ese hueco innombrable donde el único rostro de alabanza es opaco al fallido albañil que sólo atisba en su rostro bifronte, con azogue en los ojos, el reflejo solar de sus bocas ansiosas.

Y se adorna con hiedra aposentos de vidrio. Se filtra su verdor hasta el borde del vaso y Dios que ríe cantando:

¿Con qué brindan los amantes la merecida dicha
de las nupcias? Con cuál mano da comienzo
la ronda, la fronda, el frontispicio para mirar embelesado
desde allí a la novia, robadora de besos,
cucurrucucú paloma, palomita,
que te falta una alita para llevar anillo,
que del nido las ramas se van partiendo,
se van muriendo.
Y no te ciñen el velo,
y se ha extraviado tu lazo
y en tus chanclas de raso
ya no encuentras consuelo.

Cacarean las gallinas
dentro del gallinero
que hace falta una alita
palomita
para brindar primero.

* * *

Es un vaso. No la copa lanzada sobre el hombro
y, sin embargo, esa incurable sed, esos ojos insomnes
atisbando hacia el fondo, mirándose a sí mismos
preguntando, escuchando un murmullo de cólera,
bebiendo de su sed, de su vaso, en la tensión sostenida
de su cuello, coloratura de soprano el grito acumulado

en la garganta doble, soplete de la flama, vela o hachón
para alumbrar el camino de la siguiente sílaba.

* * *

Como el lento bisbiseo de las promesas
reverbera Babel a mitad del desierto. Oasis ilusorio
la escritura fonética del gozo. Allí van
las aves peregrinas y se posan en cornisas de vidrio.
Allí se juntan los señalamientos del cielo, las cornejas
grajeando tan arriba, tan cerca del aire estremecido
por la mano de Dios y de la torre ciega: pozo donde la hiedra
acelera su paso.

Sumergida Babel, nutriéndose de sílabas agudas.

III

¿Y quién dicta? ¿Quién pronuncia la última
sentencia? “Oídos sordos, palabras constructoras.
Fijo el ojo en el punto del cielo, que es un resto
de aire el que nos falta” ¿De dónde proviene ese clamor,
la consistencia vocal de aquellas hiedras? O es Dios
atisbando ese paso de hormiga, el ascenso soberbio
que en torre de palabras se transforma
y toma cuerpo de lumbre su figura.
“Fija la vista en lazarillo de llama, certidumbre en la altura,
que es un resto de sombra nuestra falta.”

* * *

Lo incierto es la amalgama de las voces
bajo el cuerpo presente. La torre es un cirio pascual
alebrestado: vela chisporroteando en pompa funeral,
rito de huesos.
Y el muerto se desdobra, se fragmenta tantas veces
como voces de lumbre emanan de extraña veladora:
[esperanza que dora
de vocablos las articulaciones tiesas.
Las voces transforman ese cuerpo en cuchillo,
en pasto de las vacas, la ceniza que somos a los ojos de Dios,
o en escala rodando desde el plano inconcluso de Babel
al sonido inferior de las rocas dispersas: esa hiedra de envidia
que en su lastre aprisiona al doble constructor
y lo desdobra.

Inútil áspid la memoria del cirio,
¿y sus luces?, bailando.

*Certera es la instrucción de Perogrullo:
para apagar la vela, tan sólo hay que soplarle.*

* * *

¿Se construye la Torre? No hay que dudar del vaso:
basta mirarlo y se sabe su forma, se adivina
en el tacto su textura de vidrio y en su cima
un titilar de voces llegando *hasta* su borde.
Y en el *hasta*, el casi imperceptible,
no se disipa la carencia. El hueco
entre los cuerpos es discurso
que divide al fallido albañil y lo confunde,
lo vuelve —del plural al singular y en paradoja—

[dos que se miran

y no reconocen su promesa: promisorio destino
hacia la altura, donde Dios señala y nombra:
palomita,
alazana febril,
ya miraste tu verdadera forma,
desasida del otro, atrapada en la hiedra:
es piedra de fundación saber

*que amor es una torre
constreñida a un vaso de palabras.*

*Ciudad de México,
octubre de 1993-junio de 1994*

TROPO

Por tu plateada orilla de eucaliptos
salta el pez volador llamado alondra,
mas yo estoy en la noche de tu fondo
desvelado en la cuenta de mis muertos.

GILBERTO OWEN

I

Corro en la magnitud del día
y ya es de oro
 el sol
en la ribera del río.
De la quietud de sus aguas
se va nutriendo el paisaje y bebe
una savia dúctil
 —ámbar de luz
la cañada se irradia:
bebe su propio asombro.

Corro en la magnitud
demorando los pasos y el aliento
en el rosa acerado del anturio
—en la corola aérea
de cuantas flores danzan
en el borde.

Dentro de mí
se agolpa todo el polen
la melodía porosa
del diente de león y su roseta móvil
remisa a los destierros
porque su patria es viento.

Dentro de mí
la sangre es temporada de caza.

Su vago olor
de azúcar sube hasta mi garganta.

* * *

Larga gota de luz
es la ribera.

En su bochorno
el fervor de la hierba es un rumor de estío.

Me apura en los tobillos
un salsipuedes del barro

—una codicia de viento respirable.

Dejo mis pies a las crestas del agua

—a su comedimiento

ofrezco las huellas vacilantes
y voy reuniendo piedras
hojas del gran helecho.

Como si el día aturdido
en la complacencia de lo mínimo
fuera un caudal que inesperadamente
dejara en la ribera cientos de blandas semillas.

Como si este mismo día
me ofreciera un plato de goces
hace tanto olvidados y el aire
se limpiara los ojos en la dorada transparencia
admirando este campo bruñado:
nuestra fragilidad rodeada
de otras hierbas del alba.

Ruedo en la plenitud de estaño.
En su clemencia de rocío
desnudo el cuerpo
ante la claridad.

II

Nunca tuvimos apetencias mayores.
Entonces era el impulso del salto
el rostro respirando todo el viento posible.

Así:

de golpe
como la tibia rama de la higuera
que al abrir la ventana
nos revela la opulencia encarnada
de sus frutos.

Compás de columpio nuestro arrojo
en su horqueta:
veranda
de una hora que jamás terminaba
sólo fluía.

Como dibujo de largos trazos firmes
un canturreo febril
alzaba nuestras manos
maduraba la sed en las pupilas
y el color
que apacientan las frutas del verano.

Era el estrecho roce
con las formas del mundo
nuestra casa.

—Habitación

por donde entraba el aire
y el abrazo sencillo de los ojos
medía con un rumor de arenas su amplitud.

Nadie nos dijo
nunca
que eso era el amor
y hoy lo adivino al otro lado del río
brillando aún
—en esa luz.

* * *

Nadie nos dijo:
nunca
conocerás más que en su sombra
el soplo
—y creímos hallar en la arista de ásperos metales
el hálito fragante de su simulación.

Confundimos
el lustre original con la avidez del cuerpo:
la demorada luz de una asfixia
impuntual
que negociábamos contra el peso del día
esperando aquel sí tembloroso
como cascos de yegua núbil.

Y el fósforo imprudente
 el amor
era pezuña ciega forzada en el galope
por una tierra blanca para la fiebre.

 Dura
larga
 imprevista malaria
alimentando el roce de crujidas cadencias
 el aura
de una resurrección en la carne que a veces florecía
de la noche convulsa.

Aquello fue alguna vez el cuerpo:
urgencia del ahogo
 abalorio de gulas.

III

En esta orilla del río
el día transita como una gruesa espina:
argamasa de canas y guijarros vidriosos
que buscan el torrente en mis dedos.

Y ¿qué voy a contar?
¿el número de vueltas
de la rueda?

Como si mis manos fueran las mismas
llevando dijes de flores raídas.
Como si al patear estas piedras del río se levantara
el polvo de cierta tierra roja
—más roja aún porque ya hundi
los dedos en su rala materia
y nada extraigo
de aquellos minerales sin nombre
opacos
y equívocos.

Como si los labios fueran almagres
de lo que no pudo ser
y van siempre coreando su voluntad de anillo
y mi voz
fuera un coral lacrado
y cien de ellos

y todos los corales
juntos
en su soberbia muda
que bosteza.

* * *

Así me encuentras hoy
con el agua hasta el cuello y me asomo
hacia el lecho del río
donde insisten los líquenes porfiadamente:
en sigilo amoroso se abrazan a su piedra
la arropan
dibujan su color verdinegro en la piel de las rocas
y desgastan sus agudos contornos.

IV

Un ángel sin espada va por la otra ribera.
Lleva en la mano izquierda un manojo
de lumbré
que acaso reconozco.
—Pero es su luz tan magra.

Aunque una voz me insiste
que no hay ángeles ya
—ni dónde reclamar—
descubro el eco de flama en sus pupilas
—la combustión
de todo lo que irrumpe a su paso.

A la distancia advierto
—junto a él—
la catadura de un pura sangre dócil
que entretiene el hervor de sus belfos ansiosos
en la anuencia modesta de la hierba.

* * *

Un ángel.
En medio del follaje
un ángel
sin espada.
Seguido por trotes del caballo
en las ondas del agua va recogiendo espuma.

No hay.

No hubo nunca

 repite aquella voz de metálicos timbres
mientras el ángel cierne una gramática
de sal

 —de barro las ligaduras
con las que va escribiendo aire.

Con la mano acaricia una piedra pulida escasamente
por el roce del viento en Isla Negra.

Del cinto

se desbordan madejas
hilos de esmerilado cuerpo
 agujas.

 Y río
mientras salgo del agua
 río
para cubrir la desnudez
de mi carne.

* * *

Quiero alcanzar al ángel
con los ojos
quiero mirar su brillo de oro movedizo
y confortarme en él
como si fuera bálsamo

—como si fuera balsa
subir mis aparejos ordinarios.
Pero el ángel se aleja
abandona
la orilla lentamente.

* * *

Cabalgadura inútil el caballo
que tira
de un gran carro de plata. Montura
para otras lides concebida
alcanzo a ver sus ancas de dura espina solar
—su magnífico cuerpo
de acentos amaestrados
—su contenido exceso.

¿Qué va coceando
qué guijarros de sombra
mastican a su paso
liebres
insectos disgregados
por la estridencia de un coro de cigarras
que frotaron su cuerpo
toda la noche
contra la piel del árbol?

La luz del ángel desordena el paisaje
y agita la matriz de las ramas.

Frutos de color inmaduro

penden de los sarmientos:

son cabezas sin torso

brazos

ojos

de cuántas niñas

las yemas de unos dedos

que arroparon el sueño de sus hijos.

Con el hilo de espuma el ángel

junta aquel destazadero

y zurce

mientras sutura

canta

para mirar los rostros

unidos a su sombra completa.

V

Los marchantes de la memoria
tienen olfato de galgo.

Quién sabe de dónde brotan
vendedores de urnas y collares
de ambigua procedencia:

 pobres
piedras de color untoso

tréboles

suspendidos en minúsculos dijes
de plástico azulino
 nomeolvides de lata.

La jauría consiente la presencia del ángel
 porque no tiene plumas
 porque no tiene alas.

Ondean su rabo

frente al olor de acero
 del caballo y muerden
sus cascos luminosos.

¿Qué van diciendo
qué irritan con su aliento
esta mañana que extiende su aluminio
como una manga de langostas?

Camino de la plaza

 van los perros
mordiéndose las patas

corren
frotando los hocicos hirsutos
contra los adoquines.

* * *

La plaza es un jardín de cables.

—Sus flores

digitales desarbolan el aire
como una pauta que en sostenidas notas
devolviera una misma canción.

Carpas de cuanto hay
tendedero de voces
 las palabras
son prendas de indistinto color
colgando de los troncos de luz.

Enamorado

del sonido de las formas
el ángel canta en medio de la plaza ocupada

—su voz es un hilván:

pespunte de inaudible rumor.

VI

[Diario ambulatorio]

Lunes

Con los ojos sumidos en cadencias
del agua
—en la verberación de todo
lo que murmura el río
nada perturba el gozo del sol en la ribera
salvo un ave
de brevísimas alas.

Ha venido a decirme que te estás muriendo
y no hay salvoconducto que me lleve
hasta ti
al doméstico afluente de tu risa
a tu bondad sin mancha.

Y tu hijo trasiega papeles sin retorno
abre el surco en un suelo reacio
a las semillas
y mira tu boca muda
ocre como la bilis
que te está llevando a quién sabe qué
sitio sin palabras

y yo aquí

mirando la centella de plumas
que ha venido a decirme que te estás muriendo
en un cuarto sin nombre
lejos de tus mansos enseres
—de tu encendida
caridad.

En todo veo el hollejo de tu cuerpo.
En la piel de mis manos.
En la sombra que mis hermanas tejen
con su llanto.

Y todo me da miedo
y aborrezco esta lluvia tan fina que sosegadamente
quiere lavar el río donde alienta tu rostro
—ágata viva.

Martes

Llegó el salvoconducto. Es verde
y tiene dibujadas las letras de aquel nombre
que nunca te gustó:

Paz

Pachi

Pacecita

“Pase o carnet”
repite oblicuamente
el centinela
por cuyas venas corren negras piedras
de tedio

 porque no puede ver
 porque no quiere vernos.

Si tan sólo alzara la cabeza
al fin
sabría.

—Y somos tantos.
Filas de carne ordenada
por un dolor sin habla
que sólo tiene ojos.

“Pase o carnet”
 y sólo uno
traspone el angosto dintel
el primero
de tres para llegar a ti.
 Tan despacio.

Miércoles

He regresado
a la ciudad que amé
para mirar tu cuerpo:
ronco tulipán amarillo.

Unos topos trajinan
su blanda incompetencia
con tubos y mangueras
y no te dejan ir.

La ciudad es un inmenso charco
de aguas pardas
como un charco de bilis
es tu cuerpo
y no entiendo por qué.
Tan lentamente.

No de este modo
debió ser
para ti
y me niego a pensar que así está bien
que es suerte quedarse sin patria
pues todo lo que nos quitan
crece
como un cáncer de luz
en nuestros corazones aturridos.

Jueves

Cero

cloro

piélago

de sodio puro.

Palabras

descompuestas en un mismo

cordón umbilical

que es fibra de oro

cosida a los tobillos.

Y ese sol

caminando hacia dentro

por cada uno de tus poros

paso a paso.

Paz:

colonias de astros diminutos y vivos

hacia tus huesos van

—tomados de la mano

bailan

cantan

aquel poema que susurrabas

jubilosa.

Viernes

Pacecita
está linda la mar
y te voy a contar de aquellos elefantes
—de malaquita
el kiosco donde quiero que duermas
y de tisú los velos que te arropen.

Hoy no puedo escuchar aquella alondra
mas sí tu acento
aquí
incluso aquí
en el cuarto con número
y sin nombre
donde te estás muriendo
esta tarde
de amortiguada cal.

Sábado

Tal vez guardaste entera nuestra bilis
y era tanta
que has tardado en limpiarte
para salir al fin
con armadura limpia.

Acaso esperas agotar con tu aliento
la bolsa de tropiezos
que echamos a tu rostro sin sombra
de pecado
para cargar con ellos y así
borrar
interceder
en el momento justo
ante ese dios sin ojos
que esta tarde también
me decepciona.

Quizá deseabas vernos
reunidos junto a ti
pero uno sólo
—pase o carnet—
de uno en uno
tan despacio.

Domingo

He regresado
a la ciudad que amé
para besar tu cuerpo de diamante obstinado
para pedir
hoy como nunca
un trozo de verdad
en tu plegaria cristalina

—y Dios
que es grande
cuide de lo pequeño.

*Domingo 7 de febrero de 2010,
Hospital López Mateos,
Ciudad de México*

VII

De nuevo frente al río
sin Dánae
sin Nilo
sólo el hilo poderoso
del agua donde viene a lavar
su piedra el ángel mitigado.

Ha vuelto solo
jalando la carreta de sus dádivas nimias.

Imágenes
imágenes vendía.
En la plaza
sólo hubo sitio para puestos de sangre
cuarzos
y prontuarios de yoga.

Ha vuelto sin montura
contando sus monedas de trapo.
Acaricia la piedra
—inútil
talismán.

Y ríen.
Sus encías de sarro
se sonríen.

Frente a la claridad
entonan una canción con gracia de corneja.

* * *

Pocos advierten la voluntad del miedo
su peso de tonel o el tibio
estiércol de la fe que celebra.

Creen

conocer su nombre y a veces
lo pronuncian como quien dice
 llueve
 son las seis de la tarde
 ayer nació mi hijo.

Como el amor

crepita
 irrumpe
 con sus venas de vidrio.

De ensortijada sombra
esa brasa mestiza que desdobra su cuerpo
y bebe en tu espina dorsal
se nutre de sus hijos
 —esas ciegas esporas
que tu saliva arrulla con tan lenta canción
—esas larvas de lumbre
que por tus ojos van
 adentro

con bisturí de hielo
sembrando agria levadura de estrías.

* * *

Aquella terca voluntad
ahí legisla
sobre el destazadero sin palabras
reina.

Y todo me da miedo
porque no escucho voces
sólo sílabas mancadas.

Y sólo veo fracciones
de aquel oro bruñido pues ya no atisbo
lianas
ni letras
que con su abrazo traduzcan
la luz de la materia:
—la dilatada danza del árbol
con su aire flexible
—la memoria del viento
sobre la pelusilla del verano
—la domesticadura agraz
de nuestros besos.

VIII

Alguna vez supimos
reconocer al árbol
por *sauce de cristal*.
Por un *dado roído*
la dura Tierra donde acaso las voces se reunían
—preñaban con su albor
la sal entera del océano
y devolvían esa forma redonda
a lo que era posible.

Alguna vez dijimos:
agua
luz
ceniza
y ligamentos
—que las palabras
vivas
se fundan con su astro
reverberen.

Y probamos el fermento
en las cosas
y el ocio de trasver
era el certero tajo de la espada
—cuchilla
para saber la miel de las naranjas
—espejo

para mirar los rasgos
de algún rostro verdadero.

* * *

Hoy me miro en el río
que tan pausadamente ha perdido
su sombra
porque las nubes borran
el oro del afluyente
y el horizonte es nudo
—maraña de las nubes
velando la nitidez del agua.

IX

Como si fuera brizna
como semilla arrojada
al torrente por el pico
de un ave de gran envergadura
—alas

nubes
recorren la cañada
y se suelta la lluvia—

voy.

Entre cuencos de nada

corro.

Tropiezo en la ribera de sombras
porque no puedo ver
porque no quiero ver.

Si volteara una vez

al fin

sabría:

Me equivoqué. De lado a lado
del río se va erizando
espuma.

Como un grito cobrizo
la ira de sus notas

va derribando troncos
vacas
perros
embebidos de lodo
que asoman las cabezas
como lirios de sangre.

Me equivoqué
de río
de hora
y es de agua
la cortina sin aire
que se hincha.

En su lengua voraz
se confunden las ranas
el aullido sin rumbo de las bestias
que ayuntan su cerviz
contra la sed del río.

Y muge
con un sonido largo
tembloroso
de espanto.

* * *

Un ave con plumaje de aceite
frente al turbio clamor de la tormenta
soy

un salsipuedes
del barro.

Intento huir
abandonar
el lodo pegadizo
asirme de una rama del aire
por el pico
—por el ala
quizá de una palabra.

¿Qué pueden pico
ala
cielo
de tanta nube?

¿Qué
corrompidas notas
van hurgando un reclamo
en los labios?
y ni siquiera sé
cómo fueron a unirse
las aguas en el despeñadero
donde caigo.

* * *

Nada
que puedan juntas

las palabras nombrar
dice.

Sólo el ruido del agua
chocando con las piedras
dicta el perfil desbocado del río.
Su estruendo de badajo
asfixia la cañada.

Voy.

Entre ramas sin nombre
desciendo
atribuladamente.

En el dominio del tumbo
viajo
sin luz
sin barca.

Sin la red
de una sílaba
caigo
en la ciega corriente.

Xalapa,
enero–mayo de 2010

GRETEL EN PANGEA

En 1912, el geofísico alemán Alfred Lothar Wegener planteó la Teoría de la deriva continental y utilizó el nombre Pangea (toda la tierra), para designar al gran continente que existió a comienzos del Mesozoico. Francis Bacon la había vislumbrado trescientos años antes, en 1620.

La Teoría de la deriva continental supone que Pangea se integró debido al movimiento de las masas tectónicas reuniendo a las masas de tierra provenientes de dos antiguos continentes, Pannotia y Gondwana, que al unirse quedaron rodeados por un solo mar: Panthalassa. Mucho más tarde, Pangea se fue separando y dio lugar a los continentes que hoy conocemos, pero el desplazamiento original fue el momento en que los continentes primarios estaban separados y después de un largo proceso se desplazaron hasta formar una sola masa de tierra, un mapa de lo difuso donde todo se confunde: los límites, los antiguos caminos, la ruta para volver a casa.

I. Nadie supo por qué

—Hay una oscuridad que tiembla, señora Lía, un parpadeo de mosca en la rutina de las cosas. Usted no se da cuenta.

—No se confunda, Alz. Es la Tierra moviéndose. Es la mosca que vuela para atrás. ¿No la recuerda? Va hacia atrás. Del frutero a la fruta en el árbol. De ahí a la podredumbre. Del cadáver al cielo alto de la risa.

Otra vez todo se va juntando. Ah, Pangea, ese nombre magnífico. Y lo perdimos todo. Dónde irá usted a parar, en esta turbulencia.

* * *

Todo brilla. No es oro: savia
del manzano de Atalanta y
verde la sabana imaginaria
—amarilla la real
por la concentración de un polen viejo.

Antes

cuando todo era agua
y tierra simple
unidas por el trazo del oxígeno

Azul

la Tierra desde el aire.

Nadie la vio

oronda en el milagro de su nomenclatura

Tierra

solita ella temblando en el espacio
solitos todos los que en ella estamos.

Y nadie vio

cómo se daba vueltas.

Ni Dios la vio.

Nadie supo por qué.

* * *

Lía

la alegre señora D.

(como la llaman quienes la conocen)

platica con Herr Aloysius.

Alz lo llama con cariño

por su dificultad para decir

los nombres alemanes.

Llama

lo llaman

la llaman
la llama que se extingue
en las praderas de los Andes.

No.

La llama
la fulgurosa
la que flamea
a veces como un destello:

notas que se repiten
en el teclado de un piano.

¿Dónde quedó la llave?

¿Dónde la puerta?

* * *

Ay
la anémona consorte
—tan preocupada por las complacencias del día.

Cuando llegué ya había dos cuerdas de ira
haciendo fila bajo un granizo celeste.

¿Y la consorte?

Bien gracias
buscando sus zapatos.

Me alcé de hombros.
Dejé que Dios dijera
pero no le entendí.

Brújula mínima

La aguja imantada que recorre
el umbral
el tibio firmamento de lo que vemos marcando
siempre al Norte.

Como si el Norte nos dijera algo
como si el rojo de la aguja indicara
un *hacia allá*

dirígete *hacia allá*
no importa dónde
allá
donde salta la liebre
y te desnuda
acá

Fiebre es lo que cuenta aquí.

Fiebre de no saber a dónde pero sí
cómo llegamos al quicio
del tibio firmamento.

¿Es tibio?

¿Puede ser tibio eso que nos alumbra
como una cortesía?
¿Cuál firmamento?
Cuál firma para decir
 esto es mío
 esto soy
 un día fui.

Sigue la ruta roja de la aguja imantada
ahora que ya no hay más
sólo la sombra mínima
del diamante que cala.

* * *

—*Usted no sabe nada, señora Lía —pronuncia Herr Aloysius, mientras la observa dar vueltas por la sala como una hormiga perdida.*

—*¿Qué le hace pensar eso, Alz? ¿El desvinciamiento de todo? ¿Mi mano inútil?*

Fíjese bien. No se vaya con la finta de las apariciones.

—*No, Lía. No sabe nada porque nunca quiso salir de su cubil. Yo conocí todo el mundo y es muy distinto a lo que usted imagina.*

Hay que observarlo con detenimiento. Que no le vengan a contar.

—*Póngase de acuerdo con usted mismo. ¿Sabe o imagina? Usted imagina demasiadas cosas.*

* * *

Hombres que lavan su automóvil y platican
un domingo cualquiera.
Gente que mira una pantalla y reparte folletos y atalayas.

Traen sombrillas chillantes:
largas las faldas
de las mujeres recatadas que te regalan
cielo.

Largas las faldas.
[Tanta *ele* no puede ser posible en un poema
pienso.
Se te traba la lengua
y el cerebro
en esa liquidez.]

“Que te peine mamá como oficial”
dice un señor
al niño que lo mira como si un padre fuera el dios
de todas las cosas.

Una hoja se vuelve remolino en la azotea de la casa vecina
Un balcón donde miras el mundo
que va
que se repite
que se mueve por dentro
y arriba todos

con sus cosas pequeñas
y su espanto

¿para qué?

¿para qué?

¿para qué?

Canción que algún día canté:

“Lágrimas de cuanto hay.”

Como si un padre fuera el dios
de todas las cosas.

Gente que veo desde el balcón
un domingo cualquiera.

* * *

Lagartija que corre y se esconde por Pangea. Alguien
que la parte en dos. Alguien

un dios

que la construye.

De nuevo va corriendo la sombra sin su cola.

De nuevo la altiva lagartija que se burla
en cualquier recoveco.

* * *

La perfección de un círculo
no sirve
El late late del corazón enamorado
no sirve
“El relámpago verde de los loros”
no sirve
La nota sostenida por el chelo
como si fuera el aliento
de Dios
no sirve

No sirven.

Servir: (Del lat. *servīre*).

1. intr. *Estar al servicio de alguien. U. t. c. tr.*
2. intr. *Estar sujeto a alguien por cualquier motivo haciendo lo que él quiere o dispone.*
7. intr. *Ser soldado en activo.*
11. intr. *Dep. Sacar o restar la pelota de modo que se pueda jugar fácilmente.*
12. tr. *Dar culto o adoración a Dios y a los santos, o emplearse en los ministerios de su gloria y veneración...*

Veneración y gloria
pero ¡ah! ¡La Belleza!
Qué tentación.

Brújula mínima

Píntame un elefante...

No. Píntame tú un reloj.

Representa una hora precisa.

Delinea las manecillas claramente.

Yo te dibujo el círculo.

No olvides comenzar desde el punto central.

Cuarto para las doce

pinta.

No.

Píntame un elefante.

* * *

—*Debemos construir un mapa, Alz. Un nuevo mapa del mundo, señalado meticulosamente en las tarjetas. Este soy yo, aquél es mi piano.*

—*¿Y cómo voy a recordar dónde guardamos las tarjetas? Qué obcecación la suya, Lía. Qué tenaz despropósito.*

—*“El olvido es más tenaz que la memoria”, decía el poeta.*

—*No era poeta.*

—*Aloysus, Aloysus. Usted ya no recuerda nada.*

* * *

Una ronda es también una manera
de traer la memoria
por el camino de vuelta.

Jugaremos en el bosque

Un bosque es un lugar con pinos.
Un lugar puede ser una casa.

Una casa
un jardín
donde esperas

mientras el lobo no está

Un lobo es un aullido
espanto que interrumpe
tu sueño
tu juego
tu recuerdo.

Porque si el lobo aparece

A todos nos comerá
la falta
la carencia de palabras.
La revoltura del tiempo

los tiempos que se confunden
y sólo queda el aullido.

Lobo ¿estás ahí?

* * *

El niño que si todos reían
se enojaba marcando en bicolor
cuarenta veces
la palabra tarea

y la tarea ahí
en blanco
sólo
la palabra tarea
marcada en bicolor

rojo y azul
las consonantes
a e a
con lápiz solamente.

Eso pasa por andar en las ramas
sostenía la maestra
el mundo
con aromático sándwich
de atún entre los dientes.
En el patio

todo el mundo reía.
Todo el mundo reía y así aprendió
aquel niño a usar el bicolor
a ponerse
corbata
a lustrar sus zapatos
más brillantes que el sol.

Si yo me chingo
tú te chingas también
y todos a saltar cuando él saltaba.
A veces descansaba.

Entonces sí
todos sobre la cama
la risa
el bullicio del ocio.

Estaba permitido entonces
descansar
sacar las palomitas mientras no se escuchara
el toc toc toc
de lumbré

el golpe de los dedos sobre la misma tecla
y todos asustados
rojo y azul
tic toc tic toc
las manecillas crujientes del reloj
y la tarea.

* * *

—A nadie le importa ya la música, señora Lía, ¿se ha dado cuenta? La música real.

—¿La música real? ¿No le causa escozor? ¿No desconfía del mismo sononete?

—Es lo único nuestro, Lía. Una patria, una fe. La pertenencia.

—No dramatice, Alz. Nada fue nuestro nunca.

—Cállese, vieja odiosa, y deje de buscar las llaves, por el amor de dios.

—¿Ahora habla de Dios? Yo no busco las llaves, Alz. Las tiene usted, ¿no lo recuerda? Mejor vuelva a sus números.

* * *

A qué vienes aquí tirando línea
para decir que el mundo es una mierda
que sufres tanto
que sufres mucho
que no miras la puerta ni la aldaba.
Que has tirado la llave
para ya no salir
para que no se pierda
el eslabón.

A qué vienes aquí
qué patetismo
como si el poema fuera un vertedero de
lágrimas.

II. Panthalassa

Panthalassa

Un océano del tamaño del mundo.
Una extensión de agua polo a polo. Doble
en su dimensión al ancho mar
Pacífico. Doble también en su espesor:
turbia capa de
miedo.

* * *

*Tengo que irme, Alz. Gretel está perdida. Cuide la casa. Cuide a mis niños
y no busque la llave. Toque su piano hasta que yo regrese.*

* * *

Brújula mínima

Una báscula para pesar el mundo en gramos
para cargarlo de sentido
y sentir el peso firme de una voluntad

que resiste al azar
con esos precarios instrumentos.

¿Cuánto pesa una sílaba?
¿Cuánto el silencio pesa?
El miedo, ¿a cómo está?
24 gramos de cereal.

* * *

¿Dónde estás canícula
dorada que te fuiste?
Dónde
a dónde
el sol que me ciega.

Turbia

la perdedera de voces
turbio el sol
de este verano viejo.

Dónde estás
canícula

y tu arrojo.

* * *

Lía
—la ilustre señora D—

en las fronteras del lenguaje
y qué.

Lía
deslía
alía qué
si no hay más letra D
que pronunciar.

Una tonada
una canción
y ya no dice nada
para qué.

* * *

Una herida en el costado de Cristo.
Y en la boca tu dios
con el que hablas.
Como si viniera hasta aquí
a decirte que sí
que no ha mentido.

Una herida en el costado de Cristo.

Cómo puede mentirte si es un dios.
Cómo puede ser dios el que miente
el que te dice ven

al costado de Cristo
hasta esta llaga.

¿Ésa es la fe?
¿Una herida en el costado de Cristo?

* * *

Es un hotel
ques una nevera
ques un cuarto oscuro
ques también
tu nombre
 un tecleo
 un parpadeo
 ques de pronto un cuchillo
ques nuestro amor.

¿Qué es nuestro amor?

un parpadeo
ques también un cuchillo
y de pronto un tecleo
una nevera
ques un cuarto oscuro
ques también tu nombre
y también un hotel.

* * *

Brújula mínima

La forma de las letras
—su acomodo vital.

La lista larga que te dice el mundo
en una pequeña guía para el viaje.

Hojas que se concentran en unas cuantas líneas
para que sepas decir
quiero un vaso con agua
buenos días
quiero un plato de sopa
dónde encuentro una estación de tren
Danke.

Ich spreche kein Deutsch
devuelve el diccionario
y lo repito
y lo repito
y lo repito

* * *

El resplandor del miedo
nace entre las costillas y se expande
esplende
como una flor de ira
un gusano en las venas.

A flor de piel
bajo tu piel que tiembla
se desliza la oruga verde
esmeralda
que corre en un líquido abrazo
por tus venas.

Es un rápido sol

Es una falta de aire
el breve estallido
que te viste por dentro y allí
crece

como una hiedra
como una Hidra
como el soplo de Dios
que no te ha perdonado
y no sabes por qué.

Un cáncer repentino
un cuervo del tamaño del mundo
graznando en el jardín.

¿Había un jardín?
¿Hubo jardín un día?
O era un bosque de niebla
o era la sombra larga que te sigue
graznando.

Un cuervo del tamaño del mundo
una gallina gorda con plumaje de luto
comiendo en el jardín
varias migajas.

* * *

Nunca sabemos nada.
Ni por qué
ni para qué
ni dónde.
¿Cómo pedir así un vaso de agua?

¿De agua o con agua?
De agua el puño del corazón
que aprisiona sus mustios talismanes
contra el pecho:
un libro
un sinsajo de cobre.

Y allá va
cargando su Montaigne
entre los cuervos.

A la intemperie

aunque esté reclusa
en un cuarto de hotel.

No piensa. No canta.
No habla. No lee.

“No le creas a quien dice
que la lectura no tiene castigo.
Leer puede costar la vida.”

Tantas cosas cuestan la vida.
No hay nada
de regalo.

* * *

No te salva el amor. También eso es mentira.
No te salva. No salva a quien busca una llave.
No salva a Gretel que busca las migajas
comidas por los cuervos en Pangea
Tampoco al Minotauro.

¿Dónde estaban las huellas?
El olfato no sirve para seguir un rastro
Ya no te salva el lápiz.
No te salva el papel.
El amor no te salva.

* * *

Brújula mínima

Clave de Fa

para insertar la noche
en la enumeración del teclado.

Que el pulmón semiaudible de la tarde
se despliegue por fin

y se haga sombra:

un peso en el abismo

un ritual subterráneo

un modo de llegar

a la espesura del bosque.

Un modo para salir de ahí:

Deletrear

el blasón del pentagrama

—un acorde atonal

resplandeciente.

Sopesar esos puntos

—las corcheas—

la canción que te dicta la memoria

—domeñar ese baile rebelde.

Clave de sol

para la luz del día.

Clavicordio que añora

el piano adusto

pero justo

en el blanco se acomoda aquel clamor

y lo retoma
para salir del paso en la pirueta

travesura en la sima
donde el piano reúne los fotones.

* * *

¿Puras calamidades, Lía, y nada de milagros?
¿Ya vio el sol? ¿No le parece idiota quedarse así, sentada, contando
la espesura del bosque, la tinta de los cuervos?
¿Cuándo vuelve? ¿Pudo encontrar a Gretel?
Vuelva.

Ya no busco la llave.

III. Ruego

Eres el que recuerdo
moldeando el escueto camino
del sentido común.

Ruta de piedras lisas
y cordiales
para el pie que tropieza tantas veces.

Piedras como un regalo tuyo:
una piedra preciosa
que no cuelga en la oreja
que no luce en el pecho

una piedra preciosa
arrimada
ahí
junto a mi sombra
“para que estemos juntos
toda la vida”.

Para que estemos juntos
la trajiste rodando
y me la diste en prenda

—un anillo invisible
un cántaro sin sed
un ojo de agua.

Para que estemos juntos
piedra como palabras de anunciación.
Es caricia sin mano
pero tibia.

Ven.

Cuánto silencio aquí.
Todo viste el tono de la hondura
y no encuentro la forma
para decirte

ven

alcánzame en la hora de las conjunciones
llega con cataplasmas y mapas
enjuaga la sortija invisible
que aún estalla
azul
entre mis dedos.

Sálvame de esta nada que lentamente
crece
—es un pulmón hinchado.
Arropa este vacío.

Ven.

Toma los vestidos antiguos
y úntalos a mi cuerpo que tiembla
porque no sabe ver
no sabe cuánto pesan las cosas
no sabe distinguir el aura
de la espina.

Ya no debo escribir sobre amor
en un poema.
No viste bien. No dice nada a nadie.

Esto no es un poema.
Una súplica, sí.

Ven.

Acomoda las piedras
nuevamente.
Espanta las avispas
que me siguen.
Carnívoras avispas
que lo oscurecen todo
zumbando sobre el plato
junto al ojo del niño que sonrío
bajo el oro de juguetes alados.

Mutación de todo lo que sabía familiar:

El pan

la luz sobre el tejado

la casa junto al río

que nunca construimos.

¿Me escuchas?

Tú que puedes oír

¿me ves?

No soy lo que yo pensaba

No soy la que imaginaba.

Sigo sin entender el pensamiento

abstracto.

¿Importa?

Cuando todo se está moviendo

¿Importa?

Cuando el piso es difuso

y no hay brújula

ni rosa de los vientos

que te salve

¿Importa?

Ven.

“Piedras como palabras
para decir
te quiero todavía.”

Y esa nomenclatura de las horas
que sólo es nuestra
Y esas largas regiones del silencio
donde la mano busca tu señal:
una disposición de células
abiertas
—un acompasado respiro.

Ven

Ya no hay misericordia.
Cuerpos que son peldaños
vaciados en la pena
y por la pena absortos.
Escalera de voces mudas
que gritan en silencio.

Todo aquí es ya silencio.

Ven
acomoda las piedras
del sentido común.

¿Eres el que recuerdo?

* * *

No vuelvas a cantar a lo Neruda.

Además ni te sale
aquel viejo oropel.

¿No ves que ya no hay esplendor
ni símbolo?

Metáfora

no hay.

Las palabras no sirven.

Qué pides

qué suplicas

con esa voz meliflua

de asistente bilingüe

—sus ojos entornados

su puntual pañoleta unida

por el cuello

como un cable huérfano

de la viga.

El amor no se dice

se babea

se escupe

se vomita.

No hubo nunca

misterio

ni cobra ardiente del orgullo
ni paloma de sangre
solitaria en la frente de nadie.

No es lo que tú pensabas:
brújula mínima.

GRETEL SOY YO
y es la hormiga
que corre por Pangea
cargando su alimento
—esa bandera verde—.

Y nadie vio
cómo daba mil vueltas.

Ni Dios la vio.
Nadie supo por qué.

* * *

*Alíciate ya,
penumbra.*

*Xalapa–Göttingen–Xalapa,
20 de agosto–12 de septiembre,
2015*

Alea iacta est

RECETARIO DEL MUNDO

Qué rápida la calle vista de golpe, los espejos de los
autos multiplicados por el sol, qué sucio el aire:
¿y esto era el Mundo?

GONZALO ROJAS

If you are the dealer
I'm out of the game.

LEONARD COHEN

Enero

Corre la pispireta
ardilla al corazón de enero.
¿Pispireta?
¿No se te ocurre una palabra mejor?
Algo así como rosa
brillante entre el abrazo de los árboles
o una ardilla rosada que no exista.

Rosa que va en la ardilla el corazón de enero
como el fulgor de la palabra ardiente
como la boca que no besaste nunca

Pero es enero
Es el tiempo que vuelve para decirte
Salta.

* * *

En el ruido
hay más cosas de las que se dicen.
Complacencia es quererlas reunir con ese nombre:
Ruido

* * *

El poema del día no es
el que empieza cuando canta el gallo.
¿Hubo algún gallo aquí?
Tampoco tecolote el que cierra sus alas
sobre la incertidumbre.
El poema del día es el que sale así
solo
sin canto
como una telaraña
balanceándose en el espacio insomne
entre el balcón y el árbol.

* * *

Es una historia vertical
dice la Westclox
y nadie la comprende:
ni la historia
ni a ella.

Se fue quemando y subió
hasta el cielo aquel hilo negro
—esa espesura tóxica.

¿De veras no la vieron?

Nadie vio nada.
Todo pasa tan lejos.

El tiempo
repite y se repite
es el tiempo el que sube
es humo de un cigarro que ya nunca fumamos
porque dicen que no
que los pulmones también se vuelven negros.
¿Han visto las imágenes?

Como una prohibición llena de sombras
que se aspiran.

* * *

Quería salir de aquí y aquí es el
mundo
El estruendo del ritmo.
y el sol quemando la mañana.
La tronadera de voces
sobre las tejas donde un gato
lame sus patas.

Febrero

Viene el viento de la locura y no
el viento firme del huracán.

5 de febrero:
la plaza soleada aunque ventosa
por donde corre Inesita.
Vestido blanco
 inmaculada
percha italiana para el encuentro con el amor
de su vida.

Pero no lo sabía.
Lo supo cuando el viento encontró su cabellera
y tuvo que frenar la falda que volaba.
Tocó por fin la puerta
de febrero y asomó a la mirilla
el ojo terso
 las pestañas rendijas
 por donde divisó.

Febrero
febrero loco

Cuanto quiso Inesita
El viento lo concedió.

* * *

Dicen que te dijeron
que balbuceaste algo así como “se está haciendo tarde”
o “ya es hora”.
Fue raro que dijeras eso
cuando todos sabíamos que habías muerto.

* * *

¿Imaginas los cobrizos pasajes grabados
en los ojos pardos de Lugones? Miopes
y no.
La vista es utensilio no sólo de mirar
sino también umbral de aquello que penetra
y cala.

Todo era fiesta cuando empezó la lluvia de colores
el cobre al rechinar de las aldabas
y la lumbre que corrió hacia los caballos.
Los cabellos ardían
y todo se volvió una hecatombe.

Nadie dijo por qué.
Así pasan las cosas: sin que nadie se entere.

Lo único real
—el cobre ardiente
ahí.

* * *

La Westclox caminaba con los ojos hundidos en no sé qué
neblina de entresiglos.

La presumida aldaba
el ángel de la guarda
la dulce compañía:

todo se demolía en sus adentros.

No hay más ángel guardián.

Ya nadie guarda nada debajo del colchón.

Ya todo está a la vista.

Marzo

Ya te escribí.

No vale la pena volver a cuántos marzos

Y risa y playa y aviones de papel.

Marzo

Marzo

Un ruego para que regreses .

* * *

Todo cuanto estaba en mi mano

lo intenté.

Pero como siempre pasó en aquella historia

me equivoqué otra vez

con todos y contigo.

Sé que aborrecerás que te diga estas cosas.

“Borroneaste la historia”

—me dijiste una vez

cuando quise mostrarte la terapia intensiva

del perdón.

“Son dos venas cerradas y muerto parte del corazón.”

fue la última oración que me dijiste.

Y no pude creerlo
No quisimos creerlo
David y yo
tan allá de tan lejos
tan cerca como acá
y te lloramos anticipadamente.

Tú
David
Nacho
bailando conmigo aquel mambo desordenado.
Historias que sólo debían quedar entre nosotros
 calladas
silencio del paréntesis que nunca se cerró.

“¿De qué modo me escuchas?”
Yo no sabría decirlo y
sin embargo...
Quiero hacerte rabiar para que vuelvas.

* * *

Un ave de pico largo quiere tirar mi puerta a picotazos.
Dios quiere decirme algo
pero ya no lo entiendo.

* * *

Ah
el tiempo.
Con ese Ah
que te dice que el tiempo
se va

se va
se fue
por el jardín izquierdo.

—La bola gira sobre absortas cabezas
la luz abriantada
del diamante.

El hombre que corre lentamente
y pisa las almohadillas de una en una
como si el tiempo fuera
eso: una exhalación:
ah.

Abril

Ni qué crueldad
ni que ocho cuartos.
abril es el mes de lo que ocurre ahora
la verbena de flores
el olor a pasto recién cortado
y la penumbra que acecha desde aquí
hasta que dure agosto.

* * *

Te vas a ir muriendo despacito
y qué le vamos a hacer
cacho a cachito.
Lo que mantiene unida a la materia
es el tiempo que ocurre
o es el tiempo en que ocurre
cada muerte.

* * *

Inesita también podría llamarse “la enfermera”
y no

por cierto
la misteriosa Mélanie Dessaignes.

Cuántas personalidades incluidas
en ese cuerpo tan frágil
 Las ojeras al ras de la locura
 El tic tac del reloj y las pastillas.

Cuántas pastillas deletreadas
en el recetario del mundo
y un sol a plomo
lamiendo los laureles.

* * *

No voy a hablar más de la muerte
No voy a hablar más de la muerte
(y sé que sobra el “más”).

Es cosa del oído donde zumban abejas
complacientes con un modo y un ritmo
de colmena.

No lo haré más.
Mejor salir
mirar el orificio doméstico
por donde van y vienen

las rayadas de negro
los cuerpos amarillos
de ese tigre que vuela.

Mayo

Vamos a olvidar muy pronto
Mayo
tus espumas doradas.

La canícula deforma la forma
de las cosas
las vuelve líquidos silencios
en la luz ambarina.

Ámbar para la suerte.
Un insecto atrapado allí
en la resina

Mayo.

* * *

Perdí todo interés en este mundo.
Ya no quise mirar sus demoradas formas
ni la luz que rozaba el cristal
esa mañana.

Ya no quise mirar
no quise oír.
Sólo extrañé la caridad del sol sobre mis brazos
o de frente
 en el rostro
que lo recibe justo al centro del día
como un adiós de Dios
en su saludo.

* * *

Veinte es el poema que cuenta para atrás. Veinte
los dedos de un humano y las baldosas
que anuncian el portón.

Veinte
el que te caía
antes
cuando había veintes
tostones...
Hace mucho
que el peso ya no pesa.
Pero hay veinte sílabas dispersas
que anuncian el comienzo de todo.

* * *

Tengo una tristeza color de catedral
—dice La Westclox

algo así como Chartres
y aquellos rosetones en las losas viejísimas

Algo así como Taxco
su alborozo tribal en las formas
donde la luz pasea discreta en los rincones.

Junio

No vamos a salir de esa boca estival que pronunciaba
las sílabas del día
y nos quedamos presos en el abismo de las manecillas
—en nuestra inútil consolación.

Pasa el año.
Hasta seis meses va la cuenta de lo que no conseguimos.
Pasa
va
se deslía en color de manzana
que duele de mirarla.

Que nunca se mordió
ese pecado.

* * *

Yo te hubiera querido tanto
como se quiere a un conejo
corriendo
con su reloj a cuestas.

Será un conejo triste
las orejas tan largas como su prisa
la nariz colorada
por el esfuerzo inútil. Apresurando el paso

todo lo que se tuerce.

* * *

Ay
Cuando aparece Alicia
ya todo está perdido
Sombrosos y locura
Corazones y reinas
tantita imaginación y no
una caída larga
larga
larga
en el abismo
de la repetición.

El infierno es la repetición sin esperanza
dicen que dijo Dante
¿O quién fue quien lo dijo?
Ya lo olvidé
mas no la vuelta
de una niñez sin mancha.

* * *

Me he rascado los pies hasta sangrarme.

No supe ver los signos

—o no quise.

Las señales son a veces confusas

y no logré escuchar entre el barullo

aquellas voces.

Tampoco supe que la materia oscura

ahora es más activa

que al principio del mundo.

Julio

El mes de las palomas que nunca más volvieron
a remedar el zureo de aquel parque
donde mirábamos eso que se llama futuro.

No hay futuro
Ni pasado
Ni hoy
Estamos y no estamos
acodados en la cornisa del sino:
alero donde reposa julio.

Siempre que veo hacia atrás encuentro
el punto exacto donde empezó la quebradera de cosas.

El astillaje
que flota es sólo la marea
es nube
—desas rosadas nubes de algodón.

Y al día siguiente vuelvo a mirar atrás y es otro el sitio
del resquebrajadero.
Pero hay una buganvilia

que siempre está tirando flores sobre el césped
¿para qué?

* * *

La otra que fue Inesita
escucha viejas canciones en francés
esa lengua perdida a estas alturas
de la conversación.

La otra que fue Inesita
aprieta las mandíbulas
amarga su saliva
clava las uñas romas contra sus propias manos.

“L’amour est bien plus fort que nous”.

* * *

Escribo poemas
—dice la Westclox
que mira pasar el tiempo *dorado por el Nilo*
Ella no teje nada
El verso es arrebato
—una casualidad
una causalidad
sin para qué
exactamente igual al maullido de un gato satisfecho.
Un regodeo en su forma de ovillo.

Agosto

Tengo agosto para imprimir al año
una voluntad de risa
contra la muerte.

Agosto

—El mes ocho del año
y hay quien piensa que el ocho
pitagórico es infinito que va rodando
de lado.

O es cangrejo
Y sol y playa
—esas sombrillas para cruzar el estío.

* * *

La piedra del verano
y no la piedra de la locura.
La mansa piedra. ¿Quién no ha querido tener
esa lisura de siglos junto al río?

Me gusta la palabra verano
porque no tiene escamas.
En ella te acomodas y miras pasar la dicha

como nube brillante
sonriendo bajo el sol
y por un momento
brillas.

* * *

Que hoy es el día del árbol
le informan a la Westclox
cuyo nombre real es Inesita.

¿A quién le ponen Inesita?
A la niña babosa recitando poemas
de un señor Obligado en el concurso.

Blanca como el tul de su falda
cuando perdió el certamen
frente a un lánguido niño que cantaba
“Mamá soy Paquito”.
Y todas las mamás lloraban
aplaudían
y así el juez decidió.

Y sola quedó la tonta de Inesita
con su pastel de lirios en la mano
—azul el escenario—.
(Sus rodillas temblaban).
Sonreía
mostrando su diploma de segundo lugar.

No haría más travesuras desde ese aciago día
brillante como sus lágrimas.

Hoy es el día del árbol.

Corre

abrazo los troncos con un temblor de boca.

como si el árbol fuera hidratante

de labios

como si el árbol

contuviera toda el agua del mundo.

Día del árbol

Inesita.

Abraza su corteza.

Bebe el tiempo en su rugosa raíz.

* * *

Prescripción facultativa:

tres mangos

una fresa en punto de aguacero

una mirada que cae

como el chubasco que limpia

la calle esta tarde de agosto.

Septiembre

Saludable el hermoso muchacho
que ríe por la acera con sus tenis de moda
y el día es un espejo soleado de futuro.

Saludable la joven de los ojos enormes
que camina a su lado ondeando su cabello
como el aire del luminoso porvenir.

Saludable su padre
distráido de la conversación
pero atento a los pasos que van marcando el ritmo
de los sacudimientos
—réplicas del corazón.

“Todos estamos bien”.

* * *

Otra vez la misma fecha
y una nueva condena:
el epicentro que vuelve contoneando
sus formas sibilinas y te dice

“¿viste? siempre tuve razón.”
Sólo queda esperar que todo se derrumbe.

* * *

Hay una calma chicha
una descompostura
y ya nadie la advierte
miran tras las fisuras como si fuera normal
tanto quebrantamiento.

Pero la Westclox siente el calosfrío del pez
si lo sacan del agua.
Sus vueltas de látigo en el aire
son arcadas del mundo.

Vuelve el trajín de las hormigas
derechas
derechito
en la fila
cargan el corazón del basurero.

* * *

Un *shot* de azúcar para mi corazón
empedernido
un *shot* de algo que suene a *flesh*
or blood
pero no *mary*.

Sangre real.

Sangre dulce corriendo por las venas
de un ciervo que no se esconda en la maleza
—los enormes ojos avispados
oteando el aire
tranquilo.

* * *

Una tarea titánica
explica la enfermera
con erudición sobrada.
No ha podido dormir
quién sabe cuántos días.

Eso explicaría su sobrenombre:
las ojeras azules que recuerdan
los antiguos relojes marca Westclox.

Octubre

Vas a dar
 bolero por asalto
 el aire que la nota desfigura
y es una limpia
 mondada
luz de octubre
sobre la pesadumbre de mi corazón.

Y no hay razón que valga más
que tu misericordia higiénica
 barriendo
 las volutas del día
o luna de rondalla
 demorando
 la noche sobre el muro.

No hay palabra
que rime contigo el balance del año que se acaba
 cuando apenas comienzas.

En tu bisagra azul
la casa abre sus postigos al aire.

* * *

No hay jinetes
Trompetas
Relámpagos tampoco.

Sólo estamos nosotros
Solos
Solos

Solamente escuchamos la risa
de la guerra florida.
corazones sin sangre
tirados al basurero.

Nada nos pasa por azar.

* * *

No hay un caballo muerto en esta historia.
Ni caballo ni yegua que se arrime al murmullo
de la noche y los grillos.
No hay un solo caballo.
No hay una brida o silla para montar.
Lo que hay es relincho.

Lejos de mí el relincho de aquel caballo muerto
Sus belfos apretados de espuma
Sus ojos de caridad y el terror

de pupilas
rozando en el galope
lo que un día fue bonanza.

No hay un caballo muerto en esta hora
que escurre su pegadiza
puntualidad sobre la hierba.

Inesita
Inesita
intercede por mí.
La noche de mi ahogo
no termina.

* * *

Mi única tarea es anudar los signos
dice la estúpida Inesita con su voz aflautada:
niña de revueltos cabellos:
basilisco de canas.

Tonta, Inesita
Imbécil, Inesita.
Mal mala malamadre
buscando un nosotros
donde no hay más que polvo.

Mal mala malamadre
Mal

Mala mala
Madre que se va con la finta
Madre que no ve nunca los signos
Madre de Dios
ruega por nosotros
los pecadores.
Mal
Mala
Malamadre.

Noviembre

Una lluvia tan fina que apenas si nos moja.

Leve la lluvia.

Leves las gotas mansas

levitando entre el cielo y el suelo

de la ciudad.

Es aurora benigna

—tierra mojada.

* * *

Ya eres lo que pensabas

Eres lo que creías.

Eres y no eres más

la que deseaba un baile a la orilla del mar.

¿Eres?

¿Eres la que pensabas?

Allí

sobre la arena

desnuda

de cualquier exigencia

que no fuera bailar

cantar para pelícanos.

Olas que se marcharon
y hoy volvían
en su trajín profiláctico.

Ya no ha quedado nada.
Eres la que soñabas.

* * *

La poesía es la unidad de peso de la memoria
sostiene doctamente la Westclox
que nunca ha sabido nada de pesos ni medidas.

Se alarga en su mano el diario matutino.
Las noticias del día no pesan
sí las horas
—un recurrente paquidermo saboreando su herida.

* * *

En el principio era el Verbo
 Y era neoliberal
En el principio la risa
 Y era neoliberal
En la aurora del día
 el sentido común
(Y era neoliberal)

Y las ranas de estanque
su croar definido
los rituales domésticos
y el sentido propio del amor
o la caricia.

También lo era aquel beso imposible
y todas aquellas cosas que alguna vez amamos.

Era neoliberal la vida
le dijeron con saña
a la idiota Inesita que aún creía
aún sentía
la respiración de las piedras.

Todo tan ultra que dolía
su punzada.

La derecha
La izquierda
La velocidad
Menos la higuera.

* * *

La Westclox preparó sus brillantes enseres
de enfermera

Un soplete
Once cerillos
Una calibre 22.

¿Qué le podría faltar?

Ni siquiera miró coordenadas del mapa.
Sabía el sitio exacto para mover en limpio
de lumbre el vendaval
a la materia.

Larga vida a la lengua
profería el frenesí.
Sílabas
Sílabas de lumbre
Ascuas de las palabras.

Temerosa Inesita
junto a la cofia blanca
rezaba letanías impronunciadas.
Un padre nuestro
 No
El tiempo del Señor no es el tiempo del mundo
y lo sabía.

Un tic tac no es el tiempo
La arena en la clepsidra es sólo eso
Arena contenida pero libre
por voluntad
 —es su naturaleza.
Suelta las amarras de polvo.
Despliega ese polvo naranja sobre las costras del
 arrasamiento.

Lo cubre cuando Inesita grita
“Un reloj no es el tiempo”

Que estúpida la Westclox
piensa
y tras sus pasos sigue
a dos monedas de separación.
Dos monedas antiguas
para tirar la suerte.

* * *

Como conoce el gato al hombre detestable
Como huelen los perros en sangre de su dueño
el futuro gusano
así la Westclox.

Sus ojeraz azules se vuelcan hacia el cielo
oteando.

Es el olor del cáncer lo que lleva a la Westclox
a la fábrica aquella de brillantes relojes.
Tic toc tic toc
Luces de cobre
en el estallido del tiempo.
Lluvia de cobre que no apaga el sonido
y corre entre pasillos humeantes

Alea iacta est

es lo que repetía
Alargando el soplete a los muros
Alea iacta est
mientras once cerillos alumbran
el rostro de su felicidad sin elocuencia.

Una felicidad pura
Sin memoria
ni música.
Sorda felicidad sin mancha de pecado
aun cuando estuviera rodeada por el ruido.

En el ruido hay más cosas de las que se dicen:
Pensamientos.

Pero ella no pensaba
No escuchaba a Inesita
Ni el rezo murmurado
de angustia sin consuelo
—era tal el estruendo.
Resortes
y láminas de estaño.
Engranajes cayendo
un tintineo alegre en medio del desastre.

Génesis
Partenogénesis
Parece que a lo lejos escucha

la desdentada Westclox
los gritos de Inesita.

La humareda
se suelta
se arrian las banderas de la esdrújula fiel
que perseguía.

Sílaba
Sílaba
chillan los engranajes
cuando el sonido seco
 calibre 22
irrumpe
la expiación de su sombra
a sólo dos monedas
de separación
y una palabra.

Diciembre

*Una niñita madrugadora
Va a cortar flores para mamá
Y es tan hermosa que hasta la aurora
Vierte sobre ella más claridad.*

Erre de respirar.
Rezo de respirar.
Lumbre de vidrio
sobre la urdimbre
del año.

Sólo la hierba calcinada quede
bajo las patas de Othar
El caballo
la bilis
del azote de Dios.

* * *

El Verbo en el vacío de su reconstrucción
repentina y voraz
va comiéndolo todo.

Deglute los recuerdos.

Traga los pensamientos y los meses.

El Verbo sin oxígeno va alimentando todo.

El jardín se levanta y hasta su propio aire
resucita.

Estrellas del otro firmamento.

Combustión de las sílabas y el polvo:
las palabras.

Rosa que va la ardilla al corazón de nuevo.

Sin mes

Sin tiempo

Sin máscaras o ruina.

Todo para nombrar sea hecho.

Xalapa,
enero-diciembre,
2017

PROMESA DE VERANO

1

Afuera

el sol se extiende como una promesa
de verano.

Pájaros que no he escuchado nunca
se ven desde el balcón en donde espero.

¿son los mismos de antes?

¿Qué canción cantan esta tarde de abril
larga como mi sombra
en la pared del cuarto?

2

Dicen que una tigresa tose
en Nueva York.

Una tigresa hermosa
con sus franjas doradas
tras la domesticadura de las rejas.

Dicen que hay cisnes paseando por Venecia
delfines en Sicilia
coyotes en Chicago

jabalíes en Navarra
venados en Berlín.

Un par de pandas se aparean en Hong Kong
mientras mis gatos sueñan:
es ansia de alas.

3

Quizá ya nunca el roce de los labios
vuelva a ser como antes.
Quizá ya para siempre
usemos mascarilla:
máscara sobre la máscara
que se rindió a su tiempo.
Máscara de lo que fuimos sin saberlo.

4

Un remedo de boca
se asoma por la calle
y corremos al lado de la sombra
porque aún nos apena
la condición de simios balbucientes
con su máscara azul atada a las orejas
y un *late late* de miedo primitivo
que no encuentra su árbol ni su arroyo.

5

Afuera
el sol se extiende:
promesa de verano
¿llegaré?

*En cualquier parte,
mayo de 2020*

Índice

TROPO DE LUZ

En el tiempo ocular	13
Casa nómada	32
Malparaíso	55

TROPO DE SOMBRA

No hay más Babel	67
Tropo	78
Gretel en Pangea	109

ALEA IACTA EST

Recetario del mundo	145
Promesa de verano	185



Tropo, de Malva Flores, se terminó de imprimir en julio de 2023, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Matiz, de Juan Carlos Cué. Diagramación, formación y supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas. Cuidado de la edición: Adso E. Gutiérrez Espinoza y la autora. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

